

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. CRIADO PRIMERO. ALEJANDRO VEGA.
2. CRIADO SEGUNDO. CAMPOS ROCHA.
3. CRIADO TERCERO. JUAN CARLOS ESCALANTE.
4. CAPULETO. ADRIÁN FLORES SÁNCHEZ.
5. JULIETA. ÁFRICA.
6. SEGUNDO CAPULETO. FRANCISCO LUIS.
7. ROMEO. LUIS FERNANDO.
8. CRIADO. ANTON.
9. TEBALDO. DAVID RUIZ.
10. NODRIZA. ANDREA SÁNCHEZ.
11. BENVOLIO. ÁLVARO SILES.

Escena V

(Salón de la casa de Capuleto. MÚSICOS esperando. Entran CRIADOS.)

CRIADO PRIMERO. ¿Dónde está Potpan, que no ayuda a levantar los postres? ¡Andar él con un plato! ¡Él, raspar una mesa!

CRIADO SEGUNDO. Cuando el buen porte de una casa se confía exclusivamente a uno o dos hombres y éstos no son pulcros, es cosa que da asco

CRIADO PRIMERO. Llévate los asientos, quita el aparador, ojo con la vajilla: - Buen muchacho, resérvame un pedazo de mazapán y, puesto que,

me aprecias, di al portero que deje entrar a Susana Grindstone y a Nell. -
¡Antonio! ¡Potpan!

(Entra otro CRIADO.)

CRIADO TERCERO. ¡Eh! aquí estoy, hombre

CRIADO PRIMERO. Os necesitan, os llaman, preguntan por vosotros, se os busca en el gran salón.

CRIADO TERCERO. No podemos estar aquí y allá al propio tiempo. -Alegría, camaradas; haya un rato de holgura y que cargue con todo el que atrás venga.

(Se retiran al fondo de la escena. Entran CAPULETO, seguido de JULIETA y otros de la casa, mezclados con los convidados y los máscaras.)

CAPULETO. ¡Bienvenidos, señores! Las damas que libres de callos tengan los pies, os tomarán un rato por su cuenta. -¡Ah, ah, señoras mías! ¿Quién de todas vosotras se negará en este instante a bailar? La que se haga la desdeñosa, juraré que tiene callos. ¿Toco en lo sensible? -¡Bienvenidos, caballeros! Tiempo recuerdo en que también me enmascaraba y en que podía cuchichear al oído de una bella dama esas historias que agradan. -Ya esa época pasó, ya pasó, ya pasó. -¡Salud, señores! -Ea, músicos, tocad. ¡Abrid, abrid, haced espacio! Lanzaos en él, muchachas.

(Tocan los músicos y se baila.)

Eh, tunantes, más luces; doblad esas hojas y apagad el fuego: la pieza se calienta demasiado. -Ah, querido, esta imprevista diversión viene oportunamente. Sí, sí, sentaos, sentaos, buen primo Capuleto; pues vos y yo hemos pasado nuestro tiempo de baile. ¿Cuánto hace de la última vez que nos enmascaramos?

SEGUNDO CAPULETO. Por la Virgen, hace treinta años.

CAPULETO. ¡Qué, hombre! No hace tanto, no hace tanto: fue en las bodas de Lucencio. Venga cuando quiera la fiesta de Pentecostés, el día que llegue, hará sobre veinte y cinco años que nos disfrazamos.

SEGUNDO CAPULETO. Hace más, hace más: Su hijo es más viejo, tiene treinta años.

ROMEO. ¿Qué dama es ésa que honra la mano de aquel caballero?

CRIADO. No sé, señor.

ROMEO. ¡Oh! Para brillar, las antorchas toman ejemplo de su belleza se destaca de la frente de la noche, cual el brillante de la negra oreja de un etiope. ¡Belleza demasiado -valiosa para ser adquirida, demasiado exquisita para la tierra! Como blanca paloma en medio de una bandada de cuervos, así aparece esa joven entre sus compañeras. Cuando pare la orquesta estaré al tanto del asiento que toma y daré a mi ruda mano la dicha de tocar la suya. ¿Ha amado antes de ahora mi corazón? No, juradlo, ojos míos; pues nunca, hasta esta noche, vísteis la belleza verdadera.

TEBALDO. Éste, por la voz, debe ser un MONTESCO. -Muchacho, tráeme acá mi espada. -¡Cómo! ¿Osa el miserable venir a esta fiesta, cubierto con un grosero antifaz, para hacer mofa y escarnio en ella? Por la nobleza y renombre de mi estirpe no tomo a crimen el matarle.

CAPULETO. ¡Eh! ¿Qué hay, sobrino? ¿Por qué, estalláis así?

TEBALDO. Tío, ese hombre es un MONTESCO, un enemigo nuestro, un vil que se ha entrometido esta noche aquí para escarnecer nuestra fiesta.

CAPULETO. ¿Es el joven Romeo?

TEBALDO. El mismo, ese miserable Romeo.

PRIMER CAPULETO. Modérate, buen sobrino, déjale en paz; se conduce como un cortés hidalgo y, a decir verdad, Verona le pondera como un joven virtuoso y de excelente educación. Por todos los tesoros de esta ciudad no quisiera que aquí, en mi casa, se le infiriese insulto. Cálmate pues, no hagas en él reparo, ésta es mi voluntad; si la respetas, muestra un semblante amigo, depón ese aire feroz, que sienta mal en una fiesta.

TEBALDO. Bien viene cuando un miserable semejante se tiene por

huésped. No le aguantaré.

CAPULETO. Le aguantaréis, digo que sí. ¡Qué! ¡Señor chiquillo! Idos a pasear. ¿Quién de los dos manda aquí? Idos a pasear. ¿No le aguantaréis? Dios me perdone. ¡Queréis armar bullanga entre mis convidados! ¡Hacer de gallo en tonel! ¡Hacer el hombre!

TEBALDO. Pero, tío, es una vergüenza.

CAPULETO. A paseo, a paseo, sois un joven impertinente. -¿Pensáis eso de veras? Tal despropósito podría salir mal. -Sé lo que digo. Tomar a empeño el contrariarme! Sí, a tiempo llega. *(A los que bailan.)* Muy bien, queridos míos. -Andad, sois un presumido. Manteneos quieto, si no... -Más luces, más luces; ¡da vergüenza! -Os forzaré a estar tranquilo. ¡Vaya! -Animación, queridos.

TEBALDO. La paciencia que me imponen y la porfiada cólera que siento, en su encontrada lucha, hacen temblar mi cuerpo. Me retiraré, pero esta intrusión que ahora grata parece, se trocará en hiel amarga.

(Vase.)

ROMEO *(a JULIETA.)* Si mi indigna mano profana con su contacto este divino relicario, he aquí la dulce expiación: ruborosos peregrinos, mis labios se hallan prontos a borrar con un tierno beso la ruda impresión causada.

JULIETA. Buen peregrino, sois hartos injusto con vuestra mano, que en lo hecho muestra respetuosa devoción; pues las santas tienen manos que tocan las del piadoso viajero y esta unión de palma con palma constituye un palmario y sacrosanto beso.

ROMEO. ¿No tienen labios las santas y los peregrinos también?

JULIETA. Sí, peregrino, labios que deben consagrar a la oración.

ROMEO. ¡Oh! Entonces, santa querida, permite que los labios hagan lo que las manos. Pues ruegan, otórgales gracia para que la fe no se trueque en desesperación.

JULIETA. Las santas permanecen inmóviles cuando otorgan su merced.

ROMEO. Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mi oración. Por la intercesión de vuestros labios, así, se ha borrado el pecado de los míos.

(La da un beso.)

JULIETA. Mis labios, en este caso, tienen el pecado que os quitaron.

ROMEO. ¿Pecado de mis labios? ¡Oh, dulce reproche! Volvedme el pecado otra vez.

JULIETA. Sois docto en besar.

NODRIZA. Señora, vuestra madre quiere deciros una palabra.

ROMEO. ¿Cuál es su madre?

NODRIZA. Sabedlo, joven, su madre es la dueña de la casa; una buena, discreta y virtuosa señora. Su hija, con quien hablabais, ha sido criada por mí y os aseguro que el que le ponga la mano encima, tendrá los talegos.

ROMEO. ¿Es una Capuleto? ¡Oh, cara acreencia! Mi vida es propiedad de mi enemiga.

BENVOLIO. Vamos, salgamos; harta fiesta hemos tenido.

ROMEO. Sí, tal temo yo; mi tormento está en su colmo.

CAPULETO. Eh, señores, no penséis en marcharos; va a servirse una humilde, ligera colación. -¿Estáis en iros aún? Bien, entonces doy gracias a todos: gracias, nobles hidalgos, buenas noches. - ¡Más luces aquí! -Ea, vamos pues, a acostarnos. Ah, querido, *(al Segundo Capuleto)* por mi honor, se hace tarde; voy a descansar.

(Vanse todos, menos JULIETA y la NODRIZA.)

JULIETA. Llégate acá, nodriza: ¿Quién es aquel caballero?

NODRIZA. El hijo y heredero del viejo Tiberio.

JULIETA. ¿Quién, el que pasa ahora el dintel de la puerta?

NODRIZA. Sí, ése es, me parece, el joven Petruccio.

JULIETA. El que le sigue, que no quiso bailar, ¿quién es?

NODRIZA. No sé.

JULIETA. Anda, pregunta su nombre. -Si está casado, es probable que mi sepulcro sea mi lecho nupcial.

NODRIZA. Se llama Romeo; es un Montesco, el hijo único de vuestro gran enemigo.

JULIETA. ¡Mi único amor emanación de mi único odio! ¡Demasiado pronto lo he visto sin conocerle y le he conocido demasiado tarde! Extraño destino de amor es, tener que amar a un detestado enemigo.

NODRIZA. ¿Qué decís, qué decís?

JULIETA. Un verso que ahora mismo me enseñó uno con quien bailé.

(Llaman desde dentro a JULIETA.)

NODRIZA. Al instante, al instante. Venid, salgamos: los desconocidos... todos se han marchado.

(Entra EL CORO.)

Una antigua pasión yace ahora en su lecho de muerte y un joven afecto aspira a su herencia. La beldad por quien el amor gemía y anhelaba morir, comparada con la tierna Julieta, aparece sin encantos. Romeo ama al presente de nuevo y es correspondido: uno y otro amante se han hechizado igualmente con su mirar; pero él tiene que dolerse con su enemiga supuesta y ella que robar de un anzuelo peligroso el dulce cebo de la pasión. Él, mirado como adversario, carecerá de entrada para pronunciar esos juramentos que acostumbran los apasionados; y ella, como él amorosa, tendrá muchos menos recursos para verse do quier con su bien querido. Pero la pasión les presta poder y la ocasión les ofrecerá los medios de acercarse, compensando sus angustias con dulzuras extremas.

(Vanse.)